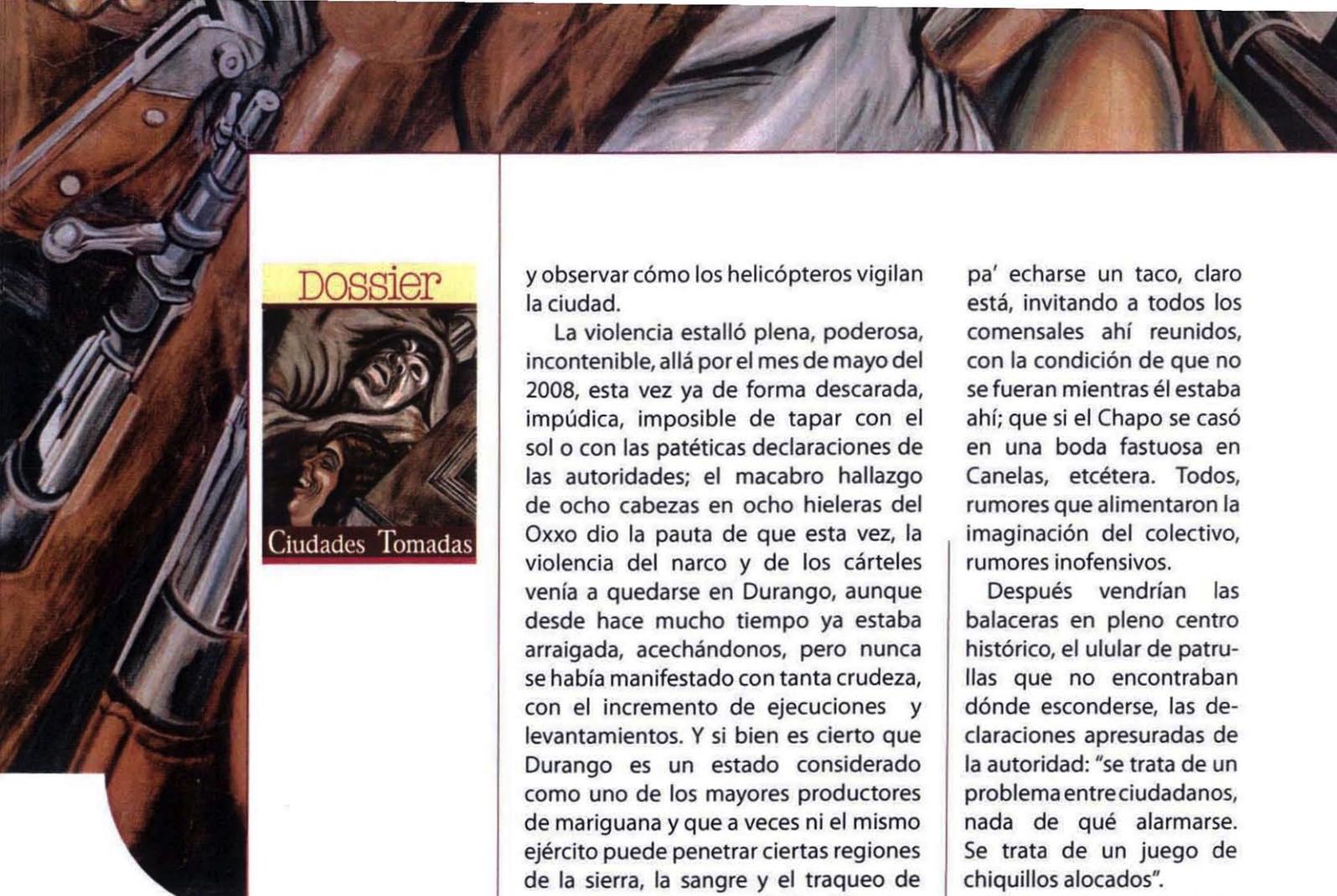


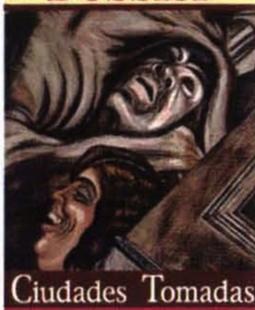
## **El miedo nuestro de cada día**

Jesús Marín

En menos de seis meses, Durango se ha militarizado. Por sus calles, a la par de la gente y el tránsito habitual, se ven camiones verde oliva repletos de militares, algunos embozados, pero todos con el fusil presto, con el rostro de alerta. Se ven tanquetas con la metralleta apuntando al cielo. Hay retenes en diferentes puntos de la ciudad. Se aseguran casas en las zonas residenciales frente al asombro de la gente. Ya es cosa común levantar la mirada al cielo, ante



## Dossier



Ciudades Tomadas

y observar cómo los helicópteros vigilan la ciudad.

La violencia estalló plena, poderosa, incontenible, allá por el mes de mayo del 2008, esta vez ya de forma descarada, impúdica, imposible de tapar con el sol o con las patéticas declaraciones de las autoridades; el macabro hallazgo de ocho cabezas en ocho hieleras del Oxxo dio la pauta de que esta vez, la violencia del narco y de los cárteles venía a quedarse en Durango, aunque desde hace mucho tiempo ya estaba arraigada, acechándonos, pero nunca se había manifestado con tanta crudeza, con el incremento de ejecuciones y levantamientos. Y si bien es cierto que Durango es un estado considerado como uno de los mayores productores de marihuana y que a veces ni el mismo ejército puede penetrar ciertas regiones de la sierra, la sangre y el traqueo de metrallicas se había quedado allá, entre los pinos y entre gente que se dedica a eso.

Indicios varios apuntaban que el convenio callado de los cárteles —cada uno respeta sus territorios— desde hace tiempo se había roto. El atentado sufrido por Carlos Herrera Araluce, cacique de caciques de la región lagunera por años, mandamás que quita a su antojo a presidentes municipales, vino a poner en jaque la llamada política de progreso y tranquilidad que por más *spots* radiofónicos y televisivos repite constantemente el gobierno de Durango. Si él con su poder, con sus guaruras no estaba a salvo, entonces quién lo estaba aquí en Durango.

Los rumores, en una tierra de rumores, empezaron a circular con más fuerza: que si el Chapo tenía un rancho en Santiago Papasquiaro; que si el Chapo venía de vez en cuando al centro de la ciudad a cerrar el restaurante de su antojo, nomás

pa' echarse un taco, claro está, invitando a todos los comensales ahí reunidos, con la condición de que no se fueran mientras él estaba ahí; que si el Chapo se casó en una boda fastuosa en Canelas, etcétera. Todos, rumores que alimentaron la imaginación del colectivo, rumores inofensivos.

Después vendrían las balaceras en pleno centro histórico, el ulular de patrullas que no encontraban dónde esconderse, las declaraciones apresuradas de la autoridad: "se trata de un problema entre ciudadanos, nada de qué alarmarse. Se trata de un juego de chiquillos alocados".

Y la sangre empezó a teñir la calle. A media hora de la ciudad, por la carretera a México, cerquita de Nombre de Dios, doce camionetas del año, elegantes, de muerte, con sus sicarios, con sus armas de grueso calibre, se enfrentaron por más de cuatro horas de traqueo, de fuego cruzado, de muerte y sangre, nadie fue capaz de ir a ver qué pasaba, a ver dónde era la fiesta de fuegos pirotécnicos.

Llegaron después del argüende, llegaron bien valientes ministeriales y judiciales, policías y *polecías*, nomás a ejercer su oficio de mirones, sólo a recoger los más de mil cartuchos percutidos que encontraron por todas partes, a limpiar

los parabrisas de las camionetas abandonadas, que dizque uno u ocho muertitos nomás hubo; el ejército acordonó la zona y nadie pudo dar razón.

El Secretario de gobierno convertido en pobre vocero del Gobernador: "quesque estamos investigando, pero luego, luego se ve que tienen mala puntería, nomás fueron ocho muertitos".

De ahí en adelante esto no ha cambiado, bueno, sí, ha cambiado para empeorar, los ejecutados están a la hora del día, de la noche, no importa que el ejército patrulle las calles, ponga retenes de vez en cuando, por no decir todos los días, uno se entera que en el Salto hubo tres acibillados, que en Lerdo acibillaron el centro de operaciones de la policía municipal, matando a tres policías. Y cientos de soldados han llegado a Durango, a quitarnos el miedo, pero el miedo no se va, el miedo sigue ahí, y uno nomás abre el periódico para enterarse de cuántos muertitos hubo esta vez. Y de nada sirve verlos relucientes con su uniforme verde, con sus armas y con sus rostros de paladines de la patria, la violencia sigue con el ejército o sin él.

## Dossier



Ciudades Tomadas

\*Periodista